

LAS LETRAS



Ramón María del Valle-Inclán, en cama, ya anciano, y a la derecha, en una fotografía de juventud.



En el cincuentenario de la muerte de Valle-Inclán

Nuevos estudios y ediciones sobre el autor de 'Tirano Bandejas'

Épica y tragedia en la obra de Valle-Inclán

Clara Luisa Barbeito. Editorial Fundamentos. Madrid, 1986. 261 páginas. 730 pesetas.

Martes de carnaval. Esperpentos

Ramón del Valle-Inclán. Espasa-Calpe. Madrid, 1986. 243 páginas. 300 pesetas.

Guía de Tirano Bandejas

Gonzalo Díaz Mingoyo. Editorial Fundamentos. Madrid, 1986. 296 páginas. 730 pesetas.

Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias

Dru Dougherty. Editorial Fundamentos. Madrid, 1986. 284 páginas. 730 pesetas.

Valle-Inclán, novelista por entregas

Alonso Zamora Vicente. Cuadernos Taurus. Madrid, 90 páginas. 250 pesetas.

La cara de Dios

Ramón del Valle-Inclán. Taurus. Madrid. 498 páginas. 650 pesetas.

MIGUEL MANRIQUE

Aunque no ha sido muy profusa la bibliografía aparecida con ocasión del cincuentenario de la muerte de Ramón del Valle-Inclán, sí hay títulos a los que se puede catalogar de importantes por el temario y de profundos por el logro a que seguramente están llamados. Así, puede decirse que gran parte de la obra valleinclanesa es analizada por los ensayistas, sobre todo aquella a la que se había puesto atención un tanto ligera.

Todavía hoy se discute la conveniencia de poner en escena el teatro de Valle-Inclán. Directores y hasta actores no hacen más que encontrar los mismos obstáculos que en su día hallaran a su paso los textos de quien un sector de la crítica ha tachado más de una vez de irrepresentable. Larga sería la discusión, y hasta susceptible de llevar a un seminario sobre arte escénico, nada más si se examinara con detenimiento un aspecto como las acotaciones. Estas notas al mar-

gen de todo texto teatral son en realidad elementos auxiliares de la parte en donde se basa el mensaje que es el diálogo.

Clara Luisa Barbeito profundiza con lujo de detalles en el fenómeno antes expuesto a lo largo de su ensayo *Épica y tragedia en la obra de Valle-Inclán*. Trae al análisis lo más granado de la producción valleinclanesa desde los primeros cuentos, en los que se iba perfilando el universo narrativo del insigne gallego. A Valle se le criticó gratuitamente de ser un estilista empoderado, acaso por abusar de una de sus constantes: hacer el arte por el arte. Pero en lo que la crítica ha flaqueado es en la búsqueda de analogías entre las situaciones y personajes creados por Valle y la realidad histórica española desde que este país asoma a la Edad Moderna en el siglo XV. Las *Sonatas* y sus cuatro dimensiones, primavera, estío, verano e invierno, no son más que el recorrido de España desde su advenimiento como potencia mundial hasta su ocaso definitivo en 1898. El marqués de Bradomin, personaje que recorre secuencialmente las *Sonatas*, es quien encarna la dominación, llevando consigo esplendores y fracasos.

El esperpento

El excesivo metafórico que hay en *Luces de bohemia* y *Divinas palabras* desaparece en las acotaciones del esperpento por excelencia en obras como *Martes de carnaval*, que recoge tres piezas breves: *Las galas del difunto*, *Los cuernos de don Friolera* y *La hija del capitán*. Aquí el diálogo es fluido y chispeante, descansando toda la acción en la palabra, pero no del modo gratuito, como cabría esperar de un teatro mediocre. La palabra tiene aquí la fuerza de la imagen, y ello se explica en las escenografías sencillas; apenas recreación de un decorado en el que el ambiente de la obra encuentra acomodo.

Valle-Inclán recoge en esencia la jerga madrileña de sus tiempos, y como tal la trae al texto.

Frases estereotipadas que recuerdan lances zarzueleros; palabras y expresiones completas caídas en desuso y que cruzaron el mar y que hoy, gracias al flujo y reflujo de la historia, vuelven a España en las voces de hijos de emigrantes. La trágica epopeya de las gentes del submundo elevada a la magnitud de grandeza literaria por alguien que como pocos observaba antes de escribir. En Valle parecía no existir la documentación escrita, y mucho menos le prestaba oídos a habladoras. El escritor descendía y tomaba contacto con la realidad; otra cosa no puede deducirse de la tangibilidad de sus textos teatrales.

Del Valle-Inclán aventurero y ferviente hispanoamericanista nació una de sus obras capitales: *Tirano Bandejas*. Propugnando la redención del indio mexicano, Valle llega a asegurar que las clases dirigentes del momento, los criollos, no son más que los herederos históricos de los encomendados cuyos privilegios sobrepasaban a los concedidos por la Corona. Y estaba en lo cierto. Ya desde la misma colonia, el criollo (el español nacido en América) estaba situado en la cúspide de la pirámide social. Casi con las mismas prerrogativas que el español peninsular, quien ocupaba todos los cargos públicos y hasta merecía títulos nobiliarios, el criollo fue esa clase que se alzó en armas contra España y se colocó a la cabeza de la sociedad. Para el mestizo y el indio la independencia fue una simple formalidad hasta bien entradas las primeras décadas del nuevo régimen político. Valle-Inclán comprueba que el proceso es incompleto y se dispone a novelar lo que bautizaría con tan épico título. Gonzalo Díaz Mingoyo, en su *Guía de Tirano Bandejas*, nos introduce no sólo en la obra, sino en la vida del autor y de las vicisitudes que en el momento le rodearon. Capítulos enteros son disecados en pequeños párrafos críticos, logrando una objetividad política e histórica que no sólo se queda en lo estrictamente literario.

Dru Dougherty recopila ampliamente todo el material periodístico que pueda encontrarse sobre Valle-Inclán. Mucho ha cambiado la técnica periodística desde finales del siglo pasado hasta las primeras décadas del presente en comparación con las épocas actuales. Las entrevistas que concediera Valle-Inclán eran verdaderas conferencias, y la variedad de temas expuestos sólo podría publicarse hoy en las páginas de los suplementos dominicales.

No obstante, en *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias* puede advertirse un personaje en ocasiones contradictorio y dubitativo, como marchando al compás de los acontecimientos políticos y dejándose influir por ellos. Diríase de él que era un pragmático a quien sólo le interesaba el bien de España y de toda la humanidad, no importándole en demasía la opción política que gobernase. Del Valle-Inclán "feo, católico y sentimental" (como el marqués de Bradomin), carlista convencido, caemos en el republicano que tiene una gran opinión del socialismo de la Rusia revolucionaria, etiquetándose a veces como "bolcheviquista" al fiel admirador de Mussolini y, por qué no, del mismísimo Hitler. Mimado por la Prensa, Valle dejaba atónitos a los periodistas, que en muy pocas ocasiones polemizaban con él, limitándose tan sólo a formularle puntillosas preguntas en espera de una exposición erudita y florida.

El folletín

Se dice que escribir en España es morir... no solamente aquí y en estas épocas, sino siempre, y los escritores han debido dedicarse a las más diversas tareas para poder subsistir. Valle-Inclán quiso siempre ser un profesional de la pluma, y a fe que lo lograba, aunque para ello tuviera que apelar a una de las formas en boga, como era la novela por entregas o folletín. Ágiles textos que prolongaban más allá de lo necesario la acción a base de exclamaciones y monólogos, pun-

tos aparte para componer frases enanas expoliadas a un mismo discurso, haciendo caso omiso de la sintaxis. Alonso Zamora Vicente, en *Valle-Inclán, novelista por entregas*, presenta una faceta poco aireada del célebre manco, y a quien acompañaban en tan fatigosa labor nombres como Azorín, Maeztu, Ricardo y Pio Baroja. Generación ésta de *libristas*, como gran sector de la crítica de aquel entonces se encargó de bautizar, por su esmerada atención a la obra ya realizada en España y en otras latitudes. Acusaciones de plagio no sólo para Valle-Inclán, sino para Pio Baroja, también saltan a la palestra, encargándose Zamora de desvelar tan ingrato infundio y si de enaltecer la colaboración entre escritores, y sobre todo de aquellos que cuadraban el menegado presupuesto a base del suspenso que semanalmente se vendía en el quiosco. En consonancia con lo anterior, la novela *La cara de Dios*, una de las menos conocidas de Valle-Inclán, sirve de ejemplo a parte de la obra de la que el ilustre gallego llegaría a reírse y, por qué no, hasta arrepentirse. El dramaturgo Carlos Arniches le autoriza a escribir la novela a partir del modelo de un drama con clarísimas connotaciones religiosas que recordaban a los autos sacramentales del siglo XVI. Un hombre, para conseguir los favores de una mujer, acude al vil manejo de amenazarle con revelar a su marido un pasado amoroso. El tío de la chantajeada, quien la recogió y crió al quedar ésta huérfana, decide matar al que atenta contra la dicha de su sobrina. Logrado el crimen, y con él la paz, toda la familia va en romería a la capilla del Príncipe Pio, en donde se veneraba uno de los lienzos de la Verónica.

No obstante la explicación vertida en el prólogo, sorprende la prosa empleada por Valle-Inclán a lo largo del *ensanchamiento* del drama de Arniches. Muy pocas metáforas podrían atribuirse al insigne autor de las *Sonatas*; tratándose de la épica razón de subsistir, cualquier ejercicio, por sudoliterario que sea, es perdurable.